

Un sudor helado desbordaba los poros de Alek. Había sido optimista; demasiado optimista. Los secuestros en el mundo islámico siempre habían sido una forma de extorsión, o eso le habían dicho. Pero el aspecto de aquel cuchillo, lo bastante grande como para destripar a un oso, lo cambiaba todo.

Sacudió la cabeza con incredulidad. Tan solo una hora antes era feliz en su habitación de hotel, un lugar que ahora se le antojaba tan inalcanzable como un sueño de la infancia.

Su corazón batía contra sus costillas como si quisiera salir. Miró a su alrededor. ¿Había alguien más en aquel vestíbulo lleno de pilares a quien pudiese suplicar?

El testigo luminoso de la cámara de vídeo se encendió. Alek sacudió los brazos y las piernas, forcejeando contra la cuerda naranja de nailon que lo mantenía atado a la lisa columna. Un aire mohoso henchía sus fosas nasales. Estaba temblando, como si tuviese fiebre.

Cuando los dos hombres entraron en su habitación, él se había marchado con ellos sin oponer resistencia. Qué estúpido había sido. ¿Por qué no había gritado, chillado, saltado por la ventana? Había visto la mirada en los ojos de aquel cabrón, dura como la piedra. Y ahora ya era demasiado tarde.

—¡Dejadme marchar! —suplicó.

Su voz resonó en la estancia y una mano lo agarró por el hombro. Movié la cabeza de un lado a otro, forzando el cuello. La cuerda que le inmovilizaba tobillos, rodillas y pecho lo tenía fuertemente aprisionado. El pulso le latía contra ella.

El cuchillo brilló en el aire como agua que caía. Tan solo la oración que su madre le había enseñado podía ayudarlo ahora.

*Agios o Theos, agios ischyros, agios athanatos, eleison imas!*

¡Dios Santo, Dios Santo y todopoderoso, sagrado e inmortal, ten misericordia de nosotros!

Cerró los ojos. Algo helado le golpeó el cuello y, entonces, un torrente cálido descendió por su pecho. Aquella calidez se derramó por sus piernas, empapándolo. Un hedor nauseabundo se desató en torno a él.

Una extraña e inquietante calma lo embargó.

Miró alrededor del viejo vestíbulo, asimilando sus boscosas hileras de columnas. La entrada que había encontrado debía de haber sido sellada hacía más de quinientos años, antes de que la antigua ciudad de Constantinopla que tenía sobre su cabeza cayese ante un ejército musulmán y fuese rebautizada como Estambul. Allí abajo había tesoros por los que cualquier director de museo del mundo suplicaría. Pero él deseaba no haber encontrado nunca aquel lugar.

Miró fijamente las mesas de aluminio. Lo que había visto sobre aquellas mesas lo había aterrado.

Una neblina negra lo envolvió. ¿Averiguaría Sean lo que había ocurrido?

*Agios o Theos, agios...*

Un minuto más tarde, los dos manantiales de sangre que emergían del pecho de Alek, a la altura de las arterias izquierda y derecha, borboteaban como cafeteras. La carne que las rodeaba relucía con un brillo sedoso. Pero los ojos de Alek estaban cerrados y su rostro sereno.

Los cristales reventaron y cayeron a la calle. La fachada de cuatro pisos de American, la nueva tienda de productos electrónicos, se venía abajo. Un estruendo animal me pasó por debajo. Las alarmas saltaron a coro.

Yo iba de camino a casa. Era un viernes de agosto, por la noche. En Londres hacía un calor pegajoso. Estaba cruzando Oxford Street cuando detuve mis pasos.

Una masa de puños y rostros encapuchados e iracundos se dirigía hacia mí, dejando los cristales atrás. Se me tensaron todos y cada uno de los músculos del cuerpo. ¿Acaso la ciudad iba a estallar de nuevo en llamas?

Divisé la entrada de un callejón revestido de ladrillo y eché a correr. Una chica con el cabello rosa peinado a lo afro, tacones de aguja blancos y un ceñido vestido color lima estaba parada en medio de la calle, con la boca abierta y los brazos caídos. Me encaminé hacia ella.

—¡Vamos! —grité.

Me miró como si estuviese viendo un fantasma, pero se dejó guiar por mí. No me hizo falta volver la cabeza para saber que teníamos a la muchedumbre prácticamente encima. Por poco no lo conseguimos. Nos volvimos para verlos pasar. Durante un instante eterno creí que se volverían hacia nosotros, que me vería obligado a defender a mi nueva amiga. Pero continuaron avanzando, coreando al son del tambor una serie de consignas que apenas pude entender. Nunca olvidaré aquel sonido. Porque aquella gente no estaba saqueando porque sí. Aquellos cabrones habían encontrado una razón.

Algunos de ellos nos miraron al pasar, pero, afortunadamente, nosotros no éramos sus objetivos. Perseguían los símbolos de su opresión e iban como locos a por ellos. Cuando se hubieron marchado, mi amiga del pelo rosa se estremeció y, a continuación, echó a correr.

Las alarmas zumbando y los cristales rotos eran los indicios más obvios del paso de la turba, además de una cierta sensación de peligro que dejaba a su paso. ¿De verdad una redada policial en una mezquita merecía todo aquello?

Me pareció ver a una mujer vestida con una cazadora de cuero al otro lado de la calle. En ese momento apartó la mirada y salió corriendo. Mi visión se estrechó sobre ella.

—¡Irene! —murmuré, y me encaminé hacia ella. Me detuve.

Irene ya no estaba.

Y aunque sabía que era cierto, deseaba que se girase y sonriese, para que mi corazón volviera a latir como un cohete entrando en órbita. Nadie me había llegado nunca tan hondo como ella. Antes de conocerla nunca creí que una mujer pudiese hacer que el corazón me retumbase con solo entrar en una habitación.

Y una gran parte de mí seguía sin querer superar lo que le había ocurrido, no quería seguir adelante, nunca, a pesar de lo que dijese o hiciese nadie.

La mujer ya casi había desaparecido, con su negro cabello sacudiéndose al viento, fundiéndose con el brillo de las titilantes luces. Si iba tras ella, significaría que estaba más loco de lo que pensaba.

Suspiré, dejando salir el aire lentamente. Había tenido lo que mi terapeuta llamaba una alucinación legal. La gente no regresa de entre los muertos, por mucho que quieras que lo hagan, ni por muy injusta que fuese su muerte.

Cuando mi madre y mi padre murieron en los Estados Unidos, con dieciocho meses de diferencia, no me había sentido así. Ambos habían vivido una considerable cantidad de años, pero Irene apenas había empezado a vivir.

Un helicóptero volaba bajo, barriendo la ciudad con su foco. Había llegado el momento de escapar de aquella locura, de regresar a la normalidad, a mis propias frustraciones. Alek no había respondido a mi último mensaje de texto. Tenía previsto volver el lunes, cuando por fin hubiese probado el programa de mejora de imágenes que yo había pasado toda la semana anterior arreglando.

Si arruinábamos este proyecto, me resultaría imposible escapar al aluvión de rumores.

Podía imaginarme lo que dirían. ¿Cómo se podía esperar que un director de proyecto no cometiese errores después de lo que le había ocurrido? ¿No resultaba obvio que no había superado aún la muerte de su esposa, que ya no estaba centrado en el trabajo? ¿No era ese el motivo por el que lo habían degradado?

Eché a andar y comprobé de nuevo mi teléfono. Nada. ¿Por qué alguien que disponía de todas las opciones de comunicación que existían en el mundo llevaba seis puñeteras horas ilocalizable?

Fotografiar mosaicos de ángeles, emperadores y santos no debería ser tan difícil. Incluso aunque lo estuviese haciendo en lo que en su día había sido el San Pedro del mundo Islámico. Habíamos trabajado en el Vaticano, por el amor de Dios. Y en el museo británico.

Entonces empezó a llover y me apresuré hacia la boca de metro. Cuando llegué a Picadilly Circus, la lluvia caía con violencia y yo ya estaba calado hasta los huesos. Mis pies chapoteaban dentro de los zapatos. Sabía que tenía el aspecto de una criatura de pantano medio ahogada, con mechones de cabello desordenado pegados a mi frente extremadamente pálida, y unas ojeras propias de las cuatro de la madrugada, más pronunciadas incluso que de costumbre.

El vagón estaba a rebosar. No era un buen momento para estar mojado, pero todos los ocupantes nos apiñamos hombro contra hombro, atrapados, balanceándonos, mientras la humedad y la tensión inundaban el aire.

Leí los titulares en el iPad de una chica. La nueva oleada de disturbios en Londres era la noticia del momento. Su dedo vaciló sobre el titular y lo apartó. «Inglaterra despierta», rezaba el siguiente titular. Nuestro tren dio un bandazo y entonces se detuvo. Las luces parpadearon. Alguien protestó. Pasaron diez minutos hasta que retomamos la marcha.

En el sótano de una villa perteneciente al consulado británico, situada en el acomodado barrio residencial de Levent, Estambul, dos hombres contemplaban con interés la pantalla de un ordenador portátil.

Unos sonoros gemidos inundaban la habitación. En la pantalla, una rubia de pechos prominentes daba brincos arriba y abajo sobre un esquelético hombre de cabello oscuro y mayor que ella. La cama sobre la que se encontraban, en un hotel cercano a la plaza Taksim en el que se alojaban los biólogos iraníes, chirriaba como la puerta rota de un tren en movimiento.

Sin duda, un hombre como aquel debería haberse parado a pensar por qué una mujer tan joven y hermosa podría estar interesada en él.

Cuando el hombre profirió un grito ahogado, la rubia se apartó. La visión del rostro masculino era todo un espectáculo. El hombre que estaba sentado ante el ordenador hizo clic en el ratón y la imagen se congeló por un instante y se retiró a la esquina inferior de la pantalla. Peter Fitzgerald le dio unos golpecitos en el hombro a su colega.

—Eso debería bastar para que colabore contigo —dijo—. Sus superiores iraníes no van a estar por la labor de perdonarlo por esto.

Peter frunció el ceño mientras se dirigía hacia la impresora, que se puso en marcha. Esto iba a resultar más fácil de lo que creía. Pero ¿habían actuado con la suficiente rapidez? El iraní ya llevaba dos semanas en Estambul.

La noche siguiente, sábado, acudí a una barbacoa cerca de mi casa, en la zona oeste de Londres. El instituto tenía un apartamento en Óxford, pero yo apenas lo usaba ya. Mi estudio en aquel ático era más que suficiente para los días en los que no me sentía con ganas de enfrentarme a la autopista.

Habían pasado más de treinta horas desde la última noticia que había tenido de Alek. Si no se ponía en contacto conmigo hasta su regreso, el lunes le daría la oportunidad de explicarse y, a continuación, le diría lo que pensaba de sus gilipolleces.

La barbacoa era una de esas reuniones en las que todo el mundo vestía de un modo similar, con caras prendas de aspecto falsamente envejecido para demostrar su individualismo. Me marché antes de medianoche. El anfitrión había intentado convencerme de que tratara de seducir a una de sus amigas y, aunque era una mujer por la que cualquiera se habría sentido atraído, mi corazón no estaba por la labor. Lo único que quería hacer todo el mundo era hablar del resurgimiento de los disturbios.

Y lo único que quería hacer yo era evitar pensar en ellos. Volví a casa caminando, crucé New King's Road y pasé por delante de un bar en el que sonaba una música atronadora y delante de cuya puerta había gente riéndose a carcajadas. Todo parecía normal. Tal vez los disturbios se estuviesen calmando de nuevo. Necesitaba dormir un poco si pretendía ir a correr por la mañana.

Me había propuesto participar en la maratón de Kauai en septiembre, solamente quedaban seis semanas. Diez días en Hawái eran el descanso que necesitaba. Llevaba meses esperándolo con impaciencia. Serían unas vacaciones que marcarían una verdadera ruptura con mi pasado. Eso era lo que Alek había dicho, y esperaba que tuviese razón.

Me quité los zapatos en el vestíbulo del piso de abajo en cuanto llegué a casa. Resbalaron sobre los azulejos blancos y negros. Entonces colgué la chaqueta sobre la pila que ya se acumulaba en el pasamanos, al pie de la escalera. Era absolutamente necesario que ordenase aquello, pero ¿de dónde iba a sacar tiempo? Solo Dios sabía cómo se las arreglaba Irene para mantener aquel lugar ordenado. La señora que había contratado para limpiar la casa ya tenía bastante con impedir que la cocina se convirtiese en un atentado contra la salud y la seguridad.

Comprobé mi iPhone por si me había perdido algo. Seguía sin haber noticias de Alek: ni mensajes, ni e-mails, ni llamadas perdidas, ni *tweets*. ¡Nada! ¿A qué estaba jugando?

¿Se trataba de alguna broma estúpida? ¿Acaso estaba intentando llamar la atención sobre lo importante que era? Lo creía capaz de algo así.

Sonó un crujido sobre mi cabeza. Las tuberías del edificio tenían la mala costumbre de hacer esas cosas. Calculo que las instalaron cuando Victoria era aún princesa.

La casa tenía cuatro pisos y estaba al final de una de esas hileras blancas de casas adosadas por las que es famosa esa zona de Londres. Habíamos terminado por acostumbrarnos a sus peculiaridades. Irene decía que vivir allí era nuestro mayor lujo. Yo solía responderle que trabajar setenta y dos horas a la semana y ser uno de los directores fundadores del instituto de Investigación Aplicada de Óxford tenía que tener alguna ventaja.

Pero sabía que era afortunado por haber acabado siendo el propietario de aquella casa; tenía la suerte de haber conseguido una plaza en un programa de intercambio con el University College de Londres; y había tenido la suerte de conocer a Irene durante mi estancia allí. El trabajo que hice aquel año derivó en un artículo sobre los patrones del comportamiento humano que fue publicado por la revista del *The New York Times* y tuvo una buena acogida. El éxito de aquel artículo nos ayudó a fundar el instituto.

Después de casarnos, trabajé en una empresa de *software* en Berkshire durante tres años. Tras eso, algunos del College decidimos abrir el instituto. Había despegado más rápido de lo que esperábamos, con proyectos importantes en cada una de nuestras especialidades.

La suerte nos había acompañado en muchos aspectos, pero yo habría renunciado a todo nuestro éxito si eso implicase que Irene aún estuviese viva. Teníamos planes, y una casa que esperábamos llenar con risas de niños.

A veces, en mis sueños, aún podía escuchar el eco de lo que podría haber sido.



Subí las escaleras. Siempre dejaba una luz encendida en el piso de arriba para que la casa no se me antojase tan triste. Aunque aquello no era más que un experimento fallido, pues no parecía surtir el efecto deseado.

Mientras me desvestía, sonó el teléfono fijo, con ese tono insistente que solo puede tener una llamada en medio de la noche.

¿Sería Alek? Tenía que serlo.

Encontré el teléfono sobre una pila de documentos de medio metro de alto que había junto a la cama.

—¿Señor Ryan?

Aquella voz no era la de Alek. Sonaba como uno de esos tipos de ciudad que se meten en la cama con ligas para sujetarse los calcetines.

—¿Sí? —Resulta difícil ignorar una sensación de mal presentimiento afilada como una aguja.

El sonido del claxon de un coche inundó la línea telefónica. Un ruido metálico, una emisora de radio emitiendo lo que parecía hip hop de Oriente Medio, resonaba a través del teléfono.

—Me llamo Fitzgerald, señor. Peter Fitzgerald. Lamento molestarlo.—Hablabla despacio, remarcando cada sílaba que pronunciaba con una actitud excesivamente educada—. Le llamo del consulado británico de aquí, de Estambul.

Me recorrió un escalofrío, como si me hubiese restregado contra una pared de hielo.

—¿Sí? —No quería hablar con él.

—Lo siento, señor. Me temo que tengo malas noticias.

Tenía la boca seca como el papel de lija. Entonces el estómago me dio un vuelco.

—Se trata del señor Alek Zegliwski, señor. Me han informado de que es usted el director de un proyecto que se está llevando a cabo en esta ciudad. ¿Estoy hablando con el Sean Ryan correcto? —La música metálica de Oriente Medio seguía sonando de fondo. ¿Qué hora sería allí? ¿Las tres de la madrugada? ¿Habría intentado llamarme antes, mientras estaba fuera?

—Sí. —Mi voz sonó como si perteneciese a otra persona.

Alek era más que un compañero de trabajo. Había sido uno de los amigos más íntimos de Irene en la universidad. Luego, mi compañero de borracheras. Practicábamos juntos buceo libre. Iba a venir conmigo a Kauai.

Se oyeron risas en la calle, procedentes de otro mundo.

—Por favor, siéntese, señor Ryan. —La voz parecía distante.

Se me pasó por la cabeza toda una serie de problemas en los que Alek se podía haber metido, como en una extraña sesión de diapositivas. Me quedé de pie.

—Me temo que, lamentablemente, es mi deber comunicarle que las autoridades locales nos han informado de que su colega, el señor Zegliwski está... —Vaciló—. Está muerto.

El vacío se abrió bajo mis pies. Aquella era una palabra que se suponía que no debía pronunciar.

—Lo siento muchísimo, señor. Estoy seguro de que esto es una terrible conmoción para usted.

Abrí la boca. No pude emitir ni un sonido.

—Necesitamos que alguien identifique su cadáver con cierta premura. Es cosa de las autoridades turcas, ¿sabe? Aquí se hacen las cosas de un modo distinto.

Alek iba a regresar el lunes. Nos reuniríamos por la noche. Iba a venir a mi casa e íbamos a salir a correr.

—¿Está usted seguro? —*Por favor, que sea un error.*

—Lo siento. Encontraron su cartera, su identificación. Es un mal momento para preguntarlo, lo sé, pero ¿tiene información de contacto de algún pariente del señor Zegliwski?

Me dejé caer sobre el borde de la cama. La colcha persa roja escarlata, que ya estaba medio retirada, se deslizó hasta el suelo.

—No, lo siento. Creo que están en Polonia.

—¿No está casado?

—No.

—¿Tampoco tiene novia?

—Hace unos meses que no. Y la tuvo durante solo una o dos semanas. Casi nunca habla de su familia. —Quería resultar de más ayuda, pero Alek era de lo más independiente que se puede llegar a ser. La única vez que le habían preguntado por un familiar en mi presencia, me había señalado a mí. Aquel era el concepto que él tenía de las bromas. Tampoco había regresado nunca a Polonia, o no al menos que yo supiese.

—¿No tiene ningún familiar en el Reino Unido? ¿Está usted seguro? —Sonaba escéptico.

—No, que yo sepa no.

Alek no podía estar muerto. No podía estarlo. Era capaz de cuidar de sí mismo mejor que nadie que yo conociese. Medía uno noventa, estaba lleno de vida y tenía veintitantos años, por el amor de Dios.

Algo parecía estar cambiando a mi alrededor, como si una puerta oculta se hubiese abierto en alguna parte y una brisa hubiese empezado a soplar.

—En ese caso, señor Ryan, tenemos que pedirle que venga usted a Estambul a identificar el cuerpo del señor Zegliwski. Además, tengo entendido

que las autoridades locales tienen algunas preguntas sobre el proyecto en el que estaba trabajando.

No respondí.

—¿Está usted ahí, señor Ryan?

—Sí.

—¿Cuándo puede venir? Cuanto antes, mejor, la verdad. —Su tono carecía ya de cualquier atisbo de delicadeza.

La línea se entrecortó. Me saqué el móvil del bolsillo, busqué el número de Alek y pulsé el botón de llamada. Ahora tenía un auricular en cada oreja. Tal vez, solo tal vez, se tratase de un estúpido error. Incluso de una broma.

—Esto es una auténtica locura —dije, para ganar tiempo—. ¿Sabe lo que le ha ocurrido?

Mi móvil pitó. Miré la pantalla. El número de Alek no estaba disponible.

—No estamos seguros. Las autoridades turcas lo están investigando. Eso es todo lo que puedo decirle por el momento. —La línea silbaba—. Ah, y he hablado con su colega, el doctor Beresford-Ellis.

La conversación había adquirido un tinte surrealista.

—Sé que está usted al corriente de lo delicado de la relación con nuestros amigos turcos, así que entenderá por qué queremos que todo esto se lleve a cabo con la mayor rapidez posible.

—Tomaré el primer vuelo en el que consiga asiento. —Mi tono de voz era firme. La verdad era que, aunque quisiera, no habría podido evitar que me plantase en Estambul.

Tosió.

—Muy bien. Ahora, para terminar, lo siento pero debo preguntarle esto: ¿Estaba el señor Zegliwski implicado en algún asunto político, religioso o similar?

—No, en absoluto. En nada de lo que no se oiga hablar en cualquier pub de Inglaterra.

Oí de nuevo un silbido en la línea entre Londres y Estambul mientras Fitzgerald aguardaba a que yo añadiese algo más a mi respuesta. Pero yo no quería decir nada más. No tenía nada que ocultar. Alek no tenía nada que ocultar, hasta donde que yo sabía. Pero ¿habría consecuencias si yo repetía cada una de las disparatadas opiniones que él había expresado en su vida?

—¿Qué clase de trabajo lleva a cabo el instituto, señor? Nunca he oído hablar de ustedes.

Pude imaginarme a mi interrogador alzando las cejas mientras me hacía aquella pregunta.

—Aplicamos la investigación avanzada a problemas prácticos. La tecnología por imágenes es uno de los ámbitos en los que hemos estado trabajando, tecnología para encontrar a delincuentes en medio de una multitud, por ejemplo. —Era la descripción estándar que había utilizado durante años cada vez que alguien me preguntaba a qué se dedicaba el instituto.

—Muy bien, señor. —No sonaba interesado en absoluto—. Le diré a nuestra gente que está usted en camino. Lo recogerá en el aeropuerto alguien del consulado. Sabremos en qué vuelo viaja usted. Los turcos llevarán a cabo las formalidades de identificación el lunes, lo más seguro. Y por favor, llame a la línea de ayuda de emergencias del ministerio de Asuntos Exteriores para verificar esta conversación. El número en el Reino Unido está en nuestra página web. Adiós, señor Ryan. Lamento mucho su pérdida. La línea se cortó.

Mantuve agarrado el auricular con fuerza. Tenía los nudillos blancos como la porcelana. Se me vino a la cabeza una imagen de Alek sonriendo en el exterior de Hagia Sophia, una imagen que me había enviado por correo electrónico tan solo un día antes. Parecía tan feliz... ¿Qué coño había ocurrido? Con la mano temblorosa, marqué el número de su teléfono fijo de Óxford. Aún tenía la esperanza de que todo aquello fuese una especie de malentendido.

Su contestador atendió la llamada. Colgué.

Aquello no podía tener nada que ver con nuestro trabajo en el instituto, ¿no? Alek nos había ayudado en la adjudicación del proyecto en el que él estaba trabajando en Estambul. Era una verdadera oportunidad de establecer nuestras credenciales en aquella parte del mundo. Pero yo lo había autorizado a viajar allí solo. Se me revolvió el estómago.

—¿Cómo de complicado te parece sacar unas fotos? —me había replicado en su momento.

Hundí mi puño con rabia en el colchón.

¿Qué era lo que iba a ocurrir?

Beresford-Ellis iba a regodearse con todo aquello. Su nombramiento como director del instituto el año pasado había supuesto un intento no demasiado sutil de darme de lado por completo. No bastaba con haberme degradado por mi proeza de Afganistán. Los demás fundadores del instituto habían solicitado que renunciase de forma temporal a muchas de mis responsabilidades, por mi propio bien.

Y yo había accedido, aunque de mala gana. Así que lo último que necesitaba ahora era que uno de mis nuevos proyectos terminase en desastre.

Sacudí la cabeza. Lo que me ocurriese a mí no importaba. Lo único que importaba era lo que le había sucedido a Alek.

Con él era con quien hablaba cuando me sentía superado por todo, cuando el vacío me vencía, cuando decidía que no podía seguir adelante. Nunca habría sobrevivido de no haber sido por él.

Consulté la página web del ministerio de Asuntos Exteriores y llamé a su número de emergencias. Mientras esperaba a que me respondiesen, pensé en cómo reaccionaría la gente ante aquella noticia.

Beresford-Ellis había mostrado un total desdén por el proyecto de Estambul desde el principio. Cuando le dije que nos lo habían concedido, él respondió con su pesimismo habitual:

—Espero que sepas lo que haces, Ryan. ¿Un proyecto como este en un país musulmán no es un poco polémico en los tiempos que corren? No queremos una puñetera fetua que pida nuestras cabezas.

—Es un proyecto pequeño—había respondido yo—. ¿A quién le importa una mierda que alguien haga fotos en un museo?

—Puede que Hagia Sophia sea un museo, Ryan—me había replicado—, pero en su día fue la suprema mezquita que regía el mundo del islamismo suní, y la sede del califato islámico. Y antes de eso fue el Vaticano ortodoxo. Con ese panorama, es muy fácil ofender a alguien.

Dicho lo cual, salió de nuestro despacho esbozando un gesto desdeñoso al pasar junto a la mesa de Alek.

Pero tenía razón. Hagia Sophia era importante. Se había construido durante el auge del imperio bizantino en el siglo VI y se había dedicado a la Divina Sabiduría, *Sophia*, un concepto que abarcaba los mundos cristiano y precristiano.

Los griegos ortodoxos habían perdido su Vaticano cuando el imparable afán conquistador de los turcos otomanos había apresado Constantinopla y la había rebautizado como Estambul en 1453. Al hacerlo, habían acabado con el imperio bizantino, descendiente directo de la antigua Roma.

Por supuesto, los fundamentalistas entraron en cólera cuando Atatürk convirtió Hagia Sophia en un museo en 1934, pero su contienda iba dirigida al Estado turco, no a nosotros.

En cualquier caso, nuestro proyecto, consistente en comparar imágenes digitales de mosaicos con grabados y esbozos realizados por distintos artistas a lo largo de los siglos, era prácticamente lo menos invasivo que se podía hacer en un enclave patrimonio de la Humanidad. Ese era el tipo de proyecto para el que se había fundado nuestro instituto.

Al fin, una amable mujer india contestó al teléfono. Tras recibir autorización de su superior, me informó de una nota en su sistema procedente del consulado de Estambul en la que se detallaba cómo alguien llamado Alek Zegliwski efectivamente había estado implicado en un grave incidente en dicha ciudad. Su contacto en aquel asunto era un tal señor Fitzgerald. No tenía más información que facilitarme. Ni siquiera pudo decirme el nombre de pila del señor Fitzgerald.

Me quedé dormido cuando los primeros rayos del alba empezaban a suavizar el horizonte londinense. Un recuerdo se repetía una y otra vez en mi cabeza.

El día anterior a su viaje a Estambul, hacía tan solo una semana, Alek se había acercado a mí y me había susurrado:

—¿Sabes que el Diabolo está enjaulado bajo Hagia Sophia, jefe? Esperemos no molestarlo, ¿eh?

Yo me había reído. Aquel tipo de supersticiones se me antojaban ridículas allí, en nuestros relucientes despachos acristalados de Óxford.

Cuando me desperté, lo primero que hice fue buscar el número de Beresford-Ellis. Eran las ocho de la mañana, pero no me importaba.

Beresford-Ellis era la clase de tipo que colgaba en su pared fotos de sí mismo con gente importante. Tenía una con David Cameron, otra con el rector de la universidad en la que había estado trabajando antes de venir al instituto, otra con Nelson Mandela y otra con el director del Servicio Geológico estadounidense. Era tan bueno escalando socialmente que podría impartir un doctorado sobre la materia. La guinda del pastel era que resultaba tan fiable como un caudillo afgano con una partida presupuestaria a su disposición.

Cuando los demás fundadores habían decidido fichar a un gestor cualificado para que dirigiese el instituto, ya que cada uno de nosotros estaba inmerso en sus propios proyectos, yo no había dicho nada. Irene había muerto tan solo un mes antes. Contratar a Beresford-Ellis parecía una buena idea.

Enseguida me di cuenta de que su apetito por la jerga empresarial era voraz. Ya no emprendíamos proyectos, sino «iniciativas de colaboración» o «actualizaciones con valor investigador». Y había manifestado críticas veladas por cada «iniciativa» en la que yo había colaborado desde su llegada. El trabajo que habíamos realizado en Baviera identificando yacimientos de la Edad de Bronce a partir de imágenes de satélites no había identificado yacimientos del periodo establecido, según él. Y nuestra iniciativa de seguridad de prueba para un gran banco estadounidense no había resultado

nada lucrativa. Lo único que él quería, al parecer, eran proyectos que nos consiguiesen contratos importantes lo antes posible.

Tenía razón a su manera, si no se tenía en cuenta el hecho de que hacían falta meses para que el resultado de muchos de nuestros proyectos se hiciese visible.

Aquellos defectos tampoco se compensaban con su comportamiento. Mostraba absoluto desinterés por todas las personas que lo rodeaban, no solo por mí. La mayor parte del tiempo era como si sus colegas fuesen prácticamente invisibles para él. Lo que más le gustaba hacer era hablar sobre sus propios logros.

—Lo último que necesitamos ahora mismo es mala publicidad —dijo, cuando logré hablar con él y le conté que iba a volar a Estambul aquella tarde. Consiguió, como siempre, darle la vuelta al asunto—. Si aparece algo en la prensa sobre la implicación del instituto en algo turbio, será un desastre a la hora de conseguir inversores este año, Ryan. Sé que este es un mal momento para decirlo, pero algunos miembros de la junta creen que ya te hemos dado demasiada cancha. —Aguardó un momento a que sus palabras hiciesen efecto.

¡Qué cabrón! Ni una palabra sobre la muerte de Alek. Seguro que también le encantaría tener nuestras cabelleras colgadas en su pared de la fama.

—No pienso eludir mis responsabilidades —sentenció—, pero creo que deberías reservar tus opiniones hasta que sepamos lo que ha ocurrido. —Colgué.

Unas horas más tarde me dirigí al aeropuerto de Heathrow mareado, en absoluto preparado para lo que fuese a ocurrir y ausente de la realidad.

Sabía que podría haber sido yo el asesinado en Estambul. Podría haber viajado yo allí en lugar de Alek, si hubiese insistido en hacerlo. Y aún había más. Si lo que le había ocurrido a Alek se debía a nuestro trabajo en Hagia Sophia, ¿qué precauciones debía tomar?

¿Qué iba a ocurrir en Estambul?

Malach caminaba despacio. Volvía la cabeza con frecuencia. Las bombillas amarillas apenas alumbraban lo suficiente como para poder ver el túnel de ladrillo que discurría ante él. Su cabeza desnuda, brillante y pulida y que casi tocaba el techo, era alargada como si lo hubiesen sacado con una ventosa al nacer.

De sus inmensas manos colgaban dos bolsas de lona, de esas que podrías encontrar en las tiendas de excedentes del ejército. Ambas estaban vacías. Cuando llegó a su destino, las dejó en el suelo junto a las mesas. Tenía trabajo que hacer. El proyecto había dado el fruto deseado. Ahora tocaba recoger. Lo que había ocurrido en los últimos días le había dado un empujón a la operación de limpieza, pero no convenía relajarse. Cuando hubiese terminado, si alguien encontraba aquel lugar, no tendría ni idea de lo que había ocurrido allí.

Mientras llenaba las bolsas de lona pensó en su inesperado visitante. Aquel hombre se había rebajado en los últimos minutos. Los occidentales eran tan débiles... Sus lujosas comodidades los habían hecho así. No tenían ni idea de cómo afrontar su final.

Desenvainó el cuchillo de cazador de la funda que llevaba bajo el brazo y tocó la punta con el dedo. Seguía afilada. Bien. Volvería a necesitarla, y pronto, si tenía suerte. Le encantaba sentir el poder que lo recorría al usar aquel cuchillo. Resultaba excitante. Lo sostuvo en el aire, admirándolo, y a continuación lo guardó. Tenía mucho que hacer.



La terminal 5 del aeropuerto de Heathrow, el edificio aislado de mayor altura del Reino Unido, presentaba tanto movimiento a la mañana siguiente como durante la terrible nevada que había tenido lugar el pasado invierno.

Había colas en las máquinas de facturación automática, filas en los mostradores de información, gente durmiendo acurrucada sobre el lustroso suelo. El cierre continuado del espacio aéreo francés, debido a una huelga general prolongada, se estaba haciendo notar. Los vuelos que no eran cancelados, eran desviados. Mi vuelo fue retrasado una hora. Y yo era de los más afortunados.

Para distraerme, leí lo primero que encontré.

Los dominicales ingleses se regocijaban en los disturbios de Londres. No se habían extendido, pero algunos periodistas decían que los permisos policiales ya habían sido cancelados. Era asombroso, sugería un artículo, que una redada en una mezquita hubiese causado tal reacción. Otro periódico, que dedicaba dos páginas a lo que había sucedido, relacionaba los disturbios con otros incidentes acaecidos en toda Europa en las últimas semanas. El artículo afirmaba que en los círculos de Inteligencia existía el miedo a que aquellos disturbios fuesen coordinados.

En otro aparecía un plano de Saint Paul's y de la City en el que se representaba el espacio que ocuparían medio millón de personas en caso de que tal cantidad concurriese el viernes siguiente en la manifestación masiva convocada por otro grupo islámico. La presencia policial en tales eventos se preveía mucho mayor ahora, a pesar de que la manifestación ya había sido autorizada, según afirmaba el artículo.

Desvié mi atención a una columna lateral que hablaba de un vídeo colgado en internet en el que se mostraba la decapitación de un occidental. Me

hizo sentir incómodo. ¿Sería Alek ese occidental? No. No había necesidad de tal paranoia.

Pero ¿qué le había ocurrido? ¿Su muerte habría sido consecuencia de un desafortunado incidente? ¿Un robo? ¿Un accidente de tráfico? Seguramente esa era la explicación más probable. Nuestro instituto era líder mundial en la aplicación de la tecnología a problemas inextricables, pero no podía imaginarme que algo en lo que estuviésemos trabajando pudiese ser un motivo para asesinarlo.

Nuestras tareas estaban exentas de polémica; identificar yacimientos perdidos bajo los bosques a través de imágenes digitales de banda L o idear técnicas de espectrometría a alta velocidad para determinar la antigüedad de compuestos de carbono sin destruir la muestra no podía provocar demasiada controversia. Estaba orgulloso de nuestro trabajo.

Todas las personas que conocía pensaban que estábamos haciendo algo bueno. Incluso mi padre, que había asistido a su creación, se había sentido orgulloso, y eso era complicado, tratándose de un piloto de las fuerzas aéreas estadounidenses que había volado en más de doscientas misiones de combate, se había tirado en paracaídas sobre Bosnia en 1995 y había eludido a las fuerzas paramilitares serbias durante tres días.

Era hora de embarcar.

Me alegré de que me tocara un asiento de ventanilla. El peso de identificar el cuerpo de Alek me impediría mantener una charla trivial. Y pensar que podría haber sido yo el que yaciese frío en una morgue cualquiera y Alek el que estuviese en aquel avión para identificar mi cadáver tampoco ayudaba.

Ya había escuchado más que suficientes ruiditos comprensivos, de esos que profiere la gente cuando se entera de que te ha ocurrido algo malo.

Y no es que no me guste hablar sobre Irene o pensar en ella. De hecho, probablemente aún pienso demasiado en ella. Pero odio hablar de eso con extraños. Las palabras se me han atascado en la garganta con demasiada frecuencia.

Pasaron diez días desde que vinieron a mi casa a comunicarme que había fallecido hasta que las lágrimas me asaltaron. Algo dentro de mí no quería enfrentarse a lo mucho que me dolía, a cuánto la necesitaba y la amaba. Eso es lo que dijo mi terapeuta. Dejé de ir a verla; no estaba preparado para todas las cosas que quería que hiciera. No sé si lo estaré en toda mi vida.

Irene había sido lo mejor de mi vida durante doce años. Mis compañeros del MIT me habían tomado por loco por quedarme en Inglaterra: aprendería mucho más en los Estados Unidos, decían, pero no podría ser más feliz. Llegué a amar Londres.

Unas nubes gris oscuro se perdían bajo el avión y el tipo que se sentaba a mi lado leía un libro titulado *Turquía: el nuevo poder*.

Encendí mi iPad. Me había descargado una guía de Estambul. Leí unas cuantas páginas y sirvieron el almuerzo. Solo me comí la mitad.

Mi intranquilidad ante la perspectiva de ver el cadáver de Alek no hacía más que crecer a medida que descendíamos sobre el oscuro mar de Mármara hacia una larga línea de costa curvada dibujada por el brillo de la temprana iluminación de las calles. Estambul, un tapete gris de carreteras y edificios, empezaba a vislumbrarse.

Una hora más tarde, el suelo de mármol del vestíbulo de llegadas resonaba bajo mis pasos.

Había sentido ese golpe de calor del Mediterráneo en agosto que te deja sin respiración nada más abrirse las puertas del avión, pero en aquella cueva metálica del vestíbulo todo era fresco, brillante y aséptico.

Vi mi reflejo al pasar junto a una pared espejada. Parecía el típico turista, con mi camisa de lino azul marino de manga corta y mis holgados pantalones chinos color crema. La mochila de cuero sobre mi maleta de ruedas parecía tan deteriorada y ajada por los viajes como me sentía yo.

Me pararon en el control de pasaportes durante unos minutos mientras el funcionario de inmigración hacía unas comprobaciones en su ordenador. Había comprado un visado de turista en el mostrador de al lado, y los demás pasaban con rapidez, así que no había motivo alguno para que me retuviese allí.

A menos que las autoridades me estuviesen esperando.

—Disfrute de su visita a Turquía —musitó por fin, mientras me devolvía mi pasaporte.

Me sentí aliviado.

Las puertas de cristal esmerilado que conducían al exterior del vestíbulo de llegadas se abrieron con un suspiro cuando me acerqué a ellas. En la luminosa zona pública que había al otro lado, una larga curva de gente aguardaba a los pasajeros que llegaban. Aquello bullía de actividad. Cientos de metros de cristal otorgaban al lugar un aspecto espacioso y aireado.

Y justo ante mí, avanzando en mi dirección entre la multitud, había un hombre larguirucho con el rostro color almendra, cabello negro peinado hacia atrás y una estrecha nariz. Tenía pinta de ser de los que no soportan demasiadas tonterías. Y me estaba mirando directamente.

Un paso por detrás de él avanzaban otros dos hombres vestidos con camisas de manga corta azul pálido y pantalones azul marino por los tobillos.

El traje color carbón que vestía el primer hombre parecía caro. Cuando hubo recorrido el espacio que nos separaba, me tendió la mano.

—*Merhaba*, señor Ryan. Soy el inspector Erdinc. —Me estrechó la mano con firmeza, un gesto sin duda diseñado para hacer sentir incómodos a los delincuentes. El aliento le olía a tabaco.

Me miró fijamente a los ojos, como si yo fuese su presa.

—Esperaba a alguien del consulado británico —dije yo, y eché un vistazo a mi alrededor.

Había unas cuantas personas por allí con letreros de cartón con nombres escritos. Desafortunadamente, ninguno portaba mi nombre.

—Pertenezco al departamento Criminal Internacional del ministerio del Interior, señor Ryan. —Miró por encima de mi hombro, como para comprobar si había alguien conmigo—. He venido a recibirlo. —Me dedicó una fugaz sonrisa—. Usted trabaja para el instituto de Investigación Aplicada y está aquí para identificar el cuerpo de su colega, ¿no es cierto?

Asentí. Él levantó una ceja. Tuve la sensación de que me estaba poniendo a prueba. No iba a resultar fácil deshacerse de aquel tío.

—Vendrá conmigo —dijo con seguridad. Luego, con la cabeza gacha como un boxeador camino de un combate, echó a andar y me hizo gestos para que lo siguiera, como si necesitase a alguien que le llevase la toalla para el sudor. Sus zapatos taconeaban sobre el mármol a cada paso.

Miré a mi alrededor. Sus dos ayudantes asintieron con la cabeza, indicando que debía ir tras el inspector. Suspiré y lo seguí, con ellos dos cerrando la comitiva. A cualquiera que contemplase la escena, debía de parecerle que me habían arrestado.